se por el Norte del mar Caspio. Los estonianos que parecen ser una rama separada muy al principio de la raza turaniana, y con ellos otros elementos uralo-fineses y otros tipos precursores de los aryas, variedades de la misma raza, habrán realizado en la edad de la piedra la invasión del Norte. El tipo aryano pudo existir y existió, en efecto, antes de los celtas, mezclado con las tribus turanianas de cuyo seno salió sin duda alguna, como en bosquejo, variando luégo de forma y de carácter en virtud de una evolución secular hasta llegar una de sus más perfectas ramas á hacer su brillante aparición con el Rig-Vedla. Así se explica el hallazgo de cráneos, dolicocéfalos y braquicéfalos en los mismos sitios y en las mismas épocas.

Es preciso, para ver claro en esta materia, abandonar esa constante preocupación del fiat, que persiste aun, aunque perdiendo terreno cada día, sustituida por la creencia en la ley natural de evolución. Las razas no se forman como por ensalmo, ni se puede prescindir de las divergencias operadas en las ramas laterales, de su alejamiento del tronco original, y de la detención de desarrollo de algunas de ellas que quedan intermedias entre el tipo anterior del cual proceden y el carácter definido de la nueva raza.

Todos estos pueblos invasores, sobre todo, los del mediodía, hablaban una lengua muy parecida al eúskaro, á juzgar por las huellas ó vestigios de la toponimia; y respecto á los del Norte, estudios modernísimos vienen también á confirmar la existencia allí de lenguas semejantes.

EL EÚSKARO.

I.

Entre las huellas que dejó en Europa el turanismo, sobresale el eúskaro ó vascuence. ¿Cómo está aquí agonizando á las faldas de los Pirineos este idioma solitario sin parentesco alguno conocido á su alrededor? ¿Qué edad es la suya? ¿De dónde vino?

El profesor Huxley ha sentado en una de sus lecturas, «que la lengua vasca era la desesperación de los filólogos.» Esta apreciación exacta quizá cuando se hizo, no lo es hoy tanto, y lo será cada vez menos. Sucederá con esto lo que con el célebre fósil de Oeningen que fué también la desesperación de los naturalistas hasta que Cubier adivinó primero y confirmó después que era una salamandra enorme. Puede, en efecto, ser comparado el vasco á uno de esos fósiles que carecían de congeneres antes del descubrimiento de esas admirables leyes de correlación que forman la paleontología, y es porque la lingüística dista mucho de ser perfecta aún. La filiación del eúskaro es desconocida y sus colaterales inmediatos han desaparecido ya; puede decirse que él es á la lingüística

lo que el ornithorinco es á la zoología. Los dos son paradógicos. Como el animal australiano, que es pato por su pico, foca por sus plumas, ichthyosauro por su externón y monotremo por lo demás, el eúskaro se parece á los idiomas del Ural en gran número de raices, de nombres, de números y de relaciones de conjugación (1); á los americanos en analogías fonéticas notables, en la formación de las palabras por vía de derivación y de composición, en la incorporación de los verbos y en el sistema de numeración quinario y vigesimal (2); y á estas lenguas y á las semíticas, hamíticas, aryanas y turanianas, en los pronombres (3). Se ve por esta simple comparación que el eúskaro queda hoy como único representante de una forma de lenguaje más antigua y simple, de la cual todos los demás idiomas han tomado algo; forma ó lengua usada probablemente, al iniciarse la aglutinación en el grupo de tribus prehistóricas, que dió salida á todas aquellas variedades bifurcadas y desenvueltas después independientemente. Sólo así se concibe ese parecido de formas aisladas entre pueblos que por la distancia grande que los separa y las otras diferencias que se observan nunca pudieron tener relación entre sí, ni con el eúskaro.

Augusto Chaho, más inspirado, á parte de muchos errores de imaginación, que alguno de los que le censuran, encontraba también entre el eúskaro y el sanscrito, especialmente en la parte sabia y teogónica de su vocabulario, lo que él llamaba analogía de vocaliza-

(1) La langue basque et les idiomes de l'Oural, par M. Charencey París, 1862.

ción. Pueden presentarse muchas aproximaciones de vocablos con el Celta, el Gaelico, el Welscho y algún otro. Dom Bullet veía en él un dialecto Celta. Por fin, para que se parezca á todos y á ninguno, porque las diferencias son mayores que las semejanzas, tiene cierta comunidad de raices con el germánico ó el gótico.

Es verdaderamente extraño que el vasco no tenga con los otros idiomas turanianos ese aire de familia que se echa de ver en seguida en las lenguas semíticas y aryanas. Max Muller cree que la ausencia de este aire de familia constituye uno de los caracteres de los dialectos turanianos: «Son lenguas nómadas, dice, lenguas que por este carácter se distinguen profundamente de las lenguas aryanas y semitas. En las lenguas de estas dos últimas familias, la mayor parte de las palabras y de las formas gramaticales han sido producidas de una vez por la fuerza creadora de una sola generación, y ya no se las abandonaba ligeramente aun cuando su claridad original hubiese sido oscurecida por la alteración fonética. Transmitir una lengua de esta manera no es posible, sino en pueblos cuya historia se desliza como un gran río y en los que la religión, las leyes y la poesía sirven de guias á la corriente del lenguaje. Mas en los nómadas turanianos, no se ha formado jamás núcleo de instituciones políticas, sociales ó literarias. No bien eran fundados los imperios cuando eran dispersados de nuevo como las nubes de arena del desierto; ni leyes, ni cantos, ni narraciones sobrevivían á la generación que les había visto nacer..... Sin embargo, concluye, muchos de los nombres de números, pronombres y muchas radicales de estas lenguas revelan la unidad de su origen, y las raices y las palabras, pertenecientes en común á los miembros más diseminados de esta familia, nos

⁽²⁾ Etudes filologiques sur quelques langues sauvages de la Amerique, por N. O. ancien misionaire, págs. 46 y 47.

⁽³⁾ Pruner Bey; Sur la langue des basques, dans le Bollet de la Soc. d'Antropol, 1867, págs. 63 y 65.

autorizan á concluir que existe un parentesco real aunque muy lejano entre todos los dialectos turanianos (r).»

Prescindiendo de que las palabras y formas gramaticales semíticas y aryanas hayan sido producidas de una vez por la fuerza creadora de una sola generación, lo cual no es posible, y está rechazado por el método científico, y contradice la ley de evolución, pueden aceptarselas causas generales de diversidad y rápida transformación que asigna este profesor á los dialectos turanianos; de este modo se explica la falta de parentesco próximo del vasco, fenómeno que no le es exclusivo, y que se refleja también, aunque no tanto, en los otros idiomas de su clase. Su aislamiento en aquella parte del mundo tampoco debe extrañar: las invasiones, las mezclas y las conquistas con sus consecuencias le han relegado allí; es un turaniano metido entre aryanos; un pariente colateral de los abuelos, desconocido y olvidado por los nietos.

Ese carácter de universalidad que se nota en el vasco, es decir, esa aproximación á casi todos los idiomas del mundo por detalles que no son de naturaleza sicológica, ni, por consiguiente, indispensables en la formación del lenguaje, y esa genialidad peculiar suya que le hace diferenciarse tanto de los demás, prueban, en efecto, que si bien no es el ascendiente directo de los modernos idiomas de flexión, debe ser un próximo colateral más desenvuelto. No les faltó, pues, razón del todo á Augusto Chaho, á Dom Bullet, ni á Charencey: con el celta y el sanscrito y los idiomas del Ural, lo mismo que con los demás, sobre todo con los americanos del Norte, tiene probablemente muchas más analogías que no se han notado todavía por falta de

comparación y estudio detenido y serio. Humboldt miraba el eúskaro como una de las lenguas que habían quedado más fieles al espíritu primitivo.

El lenguaje, como todo lo que tiene vida en el mundo, como los seres y las instituciones, está sujeto á la ley fatal que ha dado en llamarse lucha por la existencia. Hemos dicho ya que Augusto Schleicher fué el primero que tuvo la idea de aplicar el método de las ciencias naturales al lenguaje, habiendo escrito su libro, La lengua alemana (1), antes de publicarse la teoría de Darwin. Según él, las lenguas son organismos naturales que independientes de la voluntad humana, nacen, crecen y se desarrollan, y después envejecen y mueren, según leyes determinadas; de ellas, pues, es propia también esta serie de fenómenos que se acostumbra á comprender bajo el nombre de vida. La Glótica, la ciencia del lenguaje, es, por tanto, una ciencia natural y exige un método enteramente idéntico al de las ciencias naturales (2).

Si, pues, hacemos aplicación de estos principios al fenómeno de la existencia del eúskaro, vemos que sería enteramente imposible su conservación, rodeado de elementos extraños, aryanos todos, y aislado de los suyos desde hace por lo menos más de treinta siglos, si no fuera ya en aquellos tiempos una lengua acabada y fija, de robusta armazón y de formas definidas. Apenas se comprende tanta persistencia en medio de tanta invasión y por lo mismo de tanta mezcla. El tipo físico de este pueblo ha sufrido cambios; sin embargo, su lengua permanece casi inalterable. Sólo las especies perfectamente constituidas como tales son capaces de semejante fijeza. El eúskaro no ha podido fun-

⁽¹⁾ Max Muller; Letter on the turanian Lenguages, pág. 24.

⁽¹⁾ Die Deutsch Sprache; Sttugard, 1860.
(2) Die Darwin Theorie, págs. 6 y 7.

dirse, ni dar lugar á nuevas variedades con los idiomas invasores, celta, latín, germánico, por esta razón: las variedades, alejándose y diferenciándose paulatinamente unas de otras, conviértense á la larga en especies, y por una ley de correlación de crecimiento que influye también en el misterio de la concepción, llegan á hacerse incompatibles para el acto generativo. La misma ley preside á la generación de los idiomas. Lo semejante fecundiza á lo semejante. Los mestizos de todas las especies incluyendo la humana, son poco fecundos. La razón de supervivencia de una especie, es, pues, la infecundidad en su relación con otras, porque los descendientes en la lucha por la vida y en las nuevas necesidades emanadas de las nuevas condiciones que han producido la variedad, destruyen los tipos antecesores. Así el francés, el español y el italiano, mataron al latín. Hé aquí el secreto de la supervivencia y de la esterilidad del eúskaro. Tal era la distancia, en la relación de tiempo y de evolución, que mediaba entre él y los otros idiomas aryanos que invadieron la Europa hace cuatro mil años por lo menos, que la mezcla fué imposible por tratarse de especies ya formadas, y el vasco subsistió. ¿Qué antigüedad será la suya cuando en aquella época, que algunos juzgan primitiva, había alcanzado ya ese grado de incompatibilidad con el aryanismo? ¡Qué período de evolución tan largo y lento no supone entre las dos fuentes aryana y turaniana! Mas deduzcamos ahora su importancia.

Una lengua más perfecta que otra cualquiera de su clase, cuya existencia está señalada por los historiadores hace unos dos milaños en el mismo sitio del mundo, reducida ya á las exiguas proporciones en que hoy se encuentra, debe suponerse que habrá tenido un período de mayor esplendor y crecimiento entre pueblos y

lenguas afines de otro tiempo. No es creible que haya nacido allí sin saber cómo. O llegó antes ó después de la invasión aryana. Si se opta por lo último, es bien fácil probar que es imposible. ¿Cómo, en efecto, habría de poder un pueblo entero atravesar la Europa, viniendo del Oriente por entre razas diferentes de la suya, sosteniendo mil combates, corriendo mil peligros, sin dejar ni una huella ni un recuerdo siquiera de su paso en una época relativamente avanzada ya de civilización? De los pelasgos, ese pueblo corredor y aventurero, se sabe algo sin embargo. ¿Y no se había de saber nada de los eúskaros? Además, en el país en donde se detuvieron, en España y en el Mediodía de la Francia, no debieran faltar tradiciones que indicasen la llegada de un pueblo nuevo y extraño, de costumbres distintas, de lenguaje tan incomprensible, que no podía menos de pertubar hondamente á los antiguos poseedores del territorio. Y después, esas luchas permanentes y esos odios que se establecen siempre entre una raza enemiga que se apodera de un país, y los que son dominados por ella, ¿no habían de dejar rastro ninguno?

Sería inútil continuar; esa opinión es insostenible.

Pudiera decirse que vinieron de Africa haciendo su entrada por las columnas de Hércules; pero esto, por las mismas razones, no tiene visos de verdad; ni quedaron allí huellas de sus pasos, ni hay nada que se parezca á su lengua, como no sea alguna pequeña semejanza hereditaria.

La raza escuara debe ser, pues, considerada, históricamente al menos, como la primera ocupante del país. Siendo esto así, es preciso admitir una antigua y grande emigración de razas turanianas en Europa, teniendo el Asia por punto de partida, y coincidiendo quizá con la aparición del aryanismo en esta última

parte del mundo. Este fenómeno de la emigración en grandes masas de los pueblos antiguos procedía siempre de dos causas. O la opresión ejercida sobre ellos en su mismo país por razas superiores, más fuertes, más inteligentes, más aptas para la lucha por la vida, ó el exceso de población y la escasez de medios de subsistencia. El espíritu conquistador y aventurero no se desarrolló sino más tarde. Es posible que los aryas empujasen estas hordas del Turan sobre la Europa, viéndose algún tiempo después ellos mismos obligados á seguir sus huellas, por esa especie de fatalidad que pesa sobre ciertos pueblos, destinados á un combate secular, hasta que uno de ellos es extinguido ó absorbido por el otro.

Hemos dicho que el sitio de Troya pudo haber sido un episodio de esta lucha, cantado por los griegos retrotrayéndole á su tiempo y á su país á causa de una ilusión que se explica por lo vago de las tradiciones. El genio griego tenía por otra parte la propiedad de vivificarlo todo haciéndolo presente y tangible, del mismo modo que vemos en sus mitos; Jeries decía que llevaba la guerra á Grecia para vengar á los troyanos, y hemos visto que la Media fué turaniana, aunque después la aristocracia fuese aryana por la conquista. Se hablaba allí una lengua parecida á la turca, turaniana por lo mismo, según estudios hechos sobrelos monumentos por Saulcy, Norris y Westergard. Los elamistas, los afarsianos y la ribera izquierda del Tigris en su curso inferior, con la Susiana, eran turanianos. Se considera hoy la leyenda de Troya como un acontecimiento legendario que pudo haber sido un incidente entre los muchos olvidados, recuerdo de un pasado muy lejano y muy lejos de la Grecia también. La narración de la Iliada supone otros todavía. La realidad histórica ha sido muy debatida, llegando al-

gunos á creer que fué una tradición de origen egipcio. Es lo cierto que las dificultades de los movimientos y operaciones, tal como se refieren en la Iliada, son grandes, atendiendo á la topografía del campo troyano, aunque se suponga á Troya situada á mayor distancia del mar (1). Mucho más probable que el origen egipcio que asegura Jacobo Bryant á esta leyenda, es el origen turaniano, y aun concretándonos más, nos atrevemos á proponer nosotros el origen eúskaro, aun cuando pueda parecer extraño por su novedad; pero tenemos datos suficientes para probar la estancia de un pueblo que debió hablar eúskaro, ó una lengua de la misma familia, en Grecia, antes que los griegos. A parte del nombre de Troya, contracción del vasco Turuya por Turia en algún dialecto, significando la ciudad, y de Ilion por Irion, otra forma con el mismo significado, y de los nombres de Hector y Casandra de que hemos hablado ya, existen otros perfectamente conservados por los escritores griegos, y cuyo tipo eúskaro es tan pronunciado, que ningún esfuerzo requieren para ser reducidos al eúskaro. Una prueba de que el nombre de Hector no puede ser sino eúskaro, nos la proporciona Safo que emplea el nombre de Hector como sobrenombre de Júpiter. Pues bien, no hay ninguna lengua en que este nombre pueda ser sinónimo de Júpiter y designar una denominación antigua de este dios más que la eúskara: Hector debió haber sido Aitor; es decir, padre de lo alto. ¿No es el mismo Señor ó padre cielo de los aryas el Deus in excelsis de los latinos?

Un príncipe de Chios, antes del establecimiento de

⁽¹⁾ Spohne, De agro Trojano, Leipzig, 1814. Maclaren, Dissertatión en the Topographie of the. Trojan War, Edimburgh.

los jonios, se llamaba Hector. ¿No es una prueba de que este nombre era anterior á los griegos y pertenecía á una lengua hablada anteriormente en el país? (1).

Priamo es eponymo de Pergamo, el nombre de la acrópolis. Priamo en dialecto eólico era Pérramos (2). Pérgamon se llamó así de Periama cambiando la *i* en g, según dice Ahrens. Nosotros pensamos al contrario, que Pérramos, Pérgamon y la contracción Priamo, son formas variadas, debidas á una forma anterior Perjan ó Perjam-ia y antes Berjania, de donde salió también el Pardjania védico que no tiene explicación tampoco sino de esta manera. En el estudio que dedicaremos á la interpretación de este último, se verá la verdad de lo que ahora afirmamos, pues la extensión y abundancia de las pruebas y datos que tenemos, requieren larga preparación y capítulo aparte.

Una multitud de nombres de la topografía griega pueden reducirse además con pasmosa facilidad al eúskaro; algunos de ellos se conservan intactos, conservando el significado propio y exactísimo. El monte Oeta, por ejemplo, que tan brillante papel representa en los mitos de carácter más antiguo, es un nombre vascuence aplicado todavía á una altura cualquiera, á un monte ó sitio elevado del paisaje. La Colquida, Colchis ó Colcos, esta península histórica, es un nombre eúskaro: Colcoa, y en otra forma antigua Ugolcoa, tiene el significado en vasco de seno de agua ó golfo. La Colchida es notable precisamente por sus golfos, y no podía habérsele dado mejor nombre. Tiene dos dentro de sí, sin contar el golfo Termaico que está al lado. Basta echar una mirada sobre el mapa para convencerse plenamente de esto. El monte Orbetus, entre

la Trácia y la Macedonia, significando también altura, está formado por la aglutinación de las mismas raices que Obeta, nombre eúskaro de la ciudad de Oviedo en Asturias, conservado así en su primitiva forma, en su fuero y en otros documentos históricos. Estos nombres tienen una fisonomía tan eúskara que nadie puede atreverse á rechazar su filiación. Los montes Acrocerranios que separan el Epiro de la Iliria, conservan todavía el cerre eúskaro tan usado con aplicación á las sierras ó cordilleras y dando nombre á ciertos pueblos como á los Cerretani de Etruria y los Cerretani de España. Por más que se haya criticado á Humboldt, Astarloa y Larramendi á causa del abuso de las etimologías eúskaras, no es posible dudar de las que acabamos de exponer por la doble coincidencia que se revela en la adecuación del significado y de la cosa. Si esta palabra Oeta designase un valle ó una llanura, sería justo y razonable negar que tuviese semejante origen; pero siempre el nombre eúskaro está conforme con la cualidad del sitio designado, y Oeta es aquella cima enrojecida por los rayos del sol poniente donde la imaginación griega supone á Hércules abrasado por el manto de Dejanira.

Más adelante se comprenderá mejor, después de tener una idea de la extensión que ocuparon en el mundo antiguo los dialectos eúskaros, la verdad de estas aproximaciones.

Supuesta la ley de evolución, claro es que el eúskaro, teniendo el mismo origen que los idiomas turanianos, debió tener gran conexión con sus contemporáneos del mismo grupo en Asia, de los cuales, alguna rama segregada, mucho antes de alcanzar formas definidas y antes de la formación del actual eúskaro, también pudo proporcionar los elementos de las lenguas aryanas y semíticas. No debe admirar á nadie,

⁽¹⁾ De Grote, tomo 2.0, pág. 7, Pausanias VII, 33.

⁽²⁾ Ahrens. De Dialecto Æolico, 8, 7, 56.